

POLITOLOGÍA E HISTORIA DEL TIEMPO PRESENTE

José Antonio González Casanova*

I

Durante el régimen franquista, los escasos estudios de ciencia política aplicada que la autocensura nos permitía a sus adversarios solían dedicarse forzosamente a países extranjeros o a hechos e instituciones del nuestro que pertenecían al pasado. En este segundo caso se hizo, por tanto, politología histórica, que, en no poca medida, pretendió dar a conocer la historia política que había conducido al régimen autoritario de aquel presente de entonces, como si nos guiara el verso machadiano “es hoy aquel mañana de ayer”. Invirtiendo los términos, hicimos, más que una historia del tiempo presente, una politología del tiempo pasado que revelara, con espíritu crítico, su presencia en el nuestro. Movido por tal afán, varios trabajos propios y tesis dirigidas por mí se dedicaron, por ejemplo, a las elecciones en Barcelona durante la Segunda República (1968); el comportamiento electoral de las comarcas gerundenses en dicho periodo (1974); el papel político de los militares (1986); e incluso el desarrollo histórico del régimen de Franco (1971). Otra forma indirecta de caracterizar la penúltima etapa de éste (el desarrollismo tecnocrático opusdeísta) fue compararla con la ideología y la práctica de la secta fisiocrática francesa del siglo XVIII (1966). Por otra parte, en coincidencia con diversos estudios pioneros sobre la historia política catalana (Solé Tura, Molas, Termes, Balcells), elaboré un extenso libro sobre las relaciones entre Cataluña y el Estado español entre 1868 y 1938, acompañado de un análisis jurídico-político de los abundantes textos que dan fe de éstas (1974 y 1979). Ello me

llevó a otras investigaciones sobre los nacionalismos “periféricos” en la España de la Restauración (1984) y a dedicar mis cursos de Teoría del Estado a profundizar en los orígenes históricos del régimen franquista (1971-76). En realidad, no se trataba tan sólo de una dedicación a la historia política por los forzosos motivos antes citados, sino por una convicción de siempre, ya que en ningún momento pasado o presente he dejado de creer en la substancial identificación entre historia y política, igual a la que existe en último término, salvo sus evidentes diferencias, entre biografía, historia de vida y personalidad humana. Mi manual de Teoría del Estado y Derecho Constitucional (1980) es un homenaje a dicha creencia, pues en él, tanto el Estado, sus instituciones jurídicas y fundamentos ideológicos, como los sistemas políticos y sus diversos regímenes, son presentados en su contexto histórico, es decir en su dinámica colectiva, en su génesis y evolución, sin cesuras teóricas ni sistemáticas. Dicho de otro modo: como una amplia estructura global donde las *fechas* del tiempo cronológico son más bien *flechas* indicadoras de una dirección o sentido en forma de *continuum* que, al par de deducirse filosóficamente de una tendencia, más o menos alternante, progresista o regresista, se expresa por la lógica estructural de unos pocos modos de producción política de larga duración. No por mera cortesía el libro está dedicado al historiador catalán, prematuramente fallecido, Jaume Vicens Vives, cuyos hijos fueron sus editores. Tal vez el título del libro “El cambio inacabable. 1975-1982”, que reúne mis crónicas periodísticas sobre la transición a la democracia, pueda ilustrar mi

* Catedrático de Derecho Constitucional de la Universidad de Barcelona. E-mail: gonzalezcasanova@claranet.es.

concepción de la política como transición continua, como proceso histórico, como *cambio inacabable*, cuyas fechas son, más que límites a su objeto, liminares del texto escrito e instantánea fugaz de un trayecto iniciado antes y sin final predecible. Dicho sea de paso, me alegra comprobar que mi buen amigo y excelente historiador, Javier Tusell, considera los periodos de transición, cambio y ruptura, como uno de los grandes temas de la historia del tiempo presente (HTP), junto a la política y las relaciones internacionales y al factor comparativo.

Valgan todas estas autorreferencias a mis trabajos de una vida, hechas con la mayor modestia y sin ánimo alguno de invadir campos ajenos, para justificar mi profundo interés por la actual expansión del enfoque “presentista” de la historia y de sus aplicaciones concretas y para excusar mi pretensión ingenua de haberlo utilizado en mi práctica politológica al sentirme tan afín a sus postulados teóricos, sin haber sido consciente del todo en su momento del gran valor que hoy ya tienen, sin duda, no sólo para los propios historiadores de oficio, sino para cuantos nos dedicamos, con mayor o menor fortuna, a las ciencias sociales y humanas. Quisiera contar, pues, con la benevolencia de los especialistas en HTP antes de exponer a continuación unas breves reflexiones sobre la misma desde mi perspectiva politológica, por si pudieran servir en alguna medida al debate (que no quisiera bizantino) sobre la dimensión política del citado enfoque historiográfico, una vez admitida y proclamada, como acabo de hacer, la dimensión histórica de lo político. Tiene razón de nuevo Javier Tusell al afirmar que “el sentido del tiempo, la dimensión cronológica, no es tomado en consideración, a menudo, por el sociólogo o el científico de la política, el cual tiende a dar una visión estática más que sucesiva o contingente”. No sentirme incluido en su perspicaz comentario me anima a realizar hoy esta aproximación a un tema crucial de encrucijada interdisciplinar con una actitud que me atrevo a calificar de *transdisciplinar*, porque cada día creo más fecundo que el diálogo entre diferentes disciplinas el llevado a cabo a través de las mismas, de forma transversal, fundidas por el método que se demuestre razonablemente común y creándose, tal vez, una disciplina nueva, no más amplia pero sí más profunda, que, sumando técnicas diversas, se aproxime mejor y con mayor certeza a la compleja y pluricausada realidad de la convivencia humana en un mundo mundializado.

He querido decir con esto que para interpretar el pasado reciente (uno de los objetos estrella de la HTP) es preciso recurrir, junto a las innovaciones características de otras ciencias humanas, a la conjunción sintética de todas ellas. En nuestro caso ¿cabría decir que una historia *total*, en el sentido que le da Pierre Vilar, coincidiría con el objeto de una ciencia de la política?, ¿puede o debe substituir la HTP a ésta última?, o, por el contrario, ¿es la politología, correctamente entendida como *proceso histórico*, la que puede o debe incluir en su seno a la HTP? Lejos de mi intención responder aquí a estos interrogantes, pues carezco del criterio necesario y, además, parece como si respondieran a viejas motivaciones “imperialistas”, hegemónicas y absorbentes, más propias de rivalidades académicas que de un auténtico afán de saber científico. Mi posterior reflexión se centrará, como he dicho, en la honda coincidencia que percibo entre los fundamentos últimos y comunes del enfoque histórico presentista y la politología tal como la concibo y practico. Tómese, pues, como un sincero y cálido homenaje de un profano muy próximo al renovador impulso teórico de unos admirados trabajadores de la historia.

II

He creído ver en la HTP un enfoque historiográfico cuya novedad se asienta con firmeza en el surgimiento mismo de la historia como ciencia autónoma en la Alemania del siglo XIX, en cuanto autoconciencia política de su burguesía ilustrada. Como ha escrito Reinhart Koselleck sobre tal fenómeno, “La ‘historia’ no era, pues, una indagación particular limitada sólo al pasado y su recuerdo: conservaba su actualidad política y la capacidad de provocación social a los contemporáneos que había alcanzado al final de la Ilustración”. Ya en 1855, Droysen dirá que “nuestra ciencia reclama su lugar y su deber en todo lo que está sucediendo; lo que ocurre a nuestro alrededor y lo que nos ocurre: o ¿qué otra cosa es el presente de la historia que la historia del presente?”. Esta idea es recogida por Ortega y Gasset cuando afirma que “la historia es ciencia del más riguroso y actual presente”. Y por su parte, José Antonio Maravall sostiene, en seguimiento de Simmel, para quien la singularidad del hecho se afirma precisamente por su emplazamiento en la cadena temporal, que el tiempo es la *estructura* de las relaciones. Según Meyer, esto es así en el sentido de que los hechos son históricos en la medi-

da que el historiador los engarza en un sistema o estructura, *que es lo constitutivo de lo propiamente histórico*. La selección respondería al interés *presente* de conocer las causas que los han producido. El tiempo, por tanto, no es, en opinión de Paci, un añadido o predicado de la relación, sino su misma posibilidad. Los hechos no son *cosas*, sino *relaciones* que estructuran la realidad política, así como, según el axioma de Einstein, el tiempo es el espacio de relaciones materiales en su constante transformación energética.

Los criterios citados fueron justamente los que me permitieron, hace años, comparar la fisiocracia francesa del siglo XVIII con la tecnocracia desarrollista española de los años sesenta del XX, mediante el trazado de homologías estructurales y análogas funcionales entre épocas diversas de un mismo proceso de construcción histórica a partir del modo de producción capitalista. Asimismo, suelo atenerme al pensamiento finalista de Pierre Vilar que consiste en intentar *comprender* el pasado para *conocer* el presente. Según el historiador francés, comprender el pasado supone dedicarse a definir los factores sociales y descubrir sus interacciones y relaciones de fuerza. Conocer el presente sería, en consecuencia, someter a reflexión científica la información deformante que nos llega a través de unos medios de comunicación de masas manipulados por los correspondientes intereses económicos y políticos.

III

No puedo, pues, estar más de acuerdo con las definiciones dadas por dos destacadas personalidades de la HTP, Josefina Cuesta y Carlos Navajas, al decirnos la primera que el presente es “expresión de la relación compleja de la temporalidad en la que no es tan fundamental la sucesión en la diacronía como la propia relación entre los tiempos (pasado y presente, sin descuidar el futuro) y la mutua interacción entre ellos” y al sostener el segundo que los conceptos históricos de pasado y presente han de substituirse por el de “tiempo histórico”, que bien podría denominarse “época”, entendida como conjunto de “problemas presentes o *vivos*”, para cuyo estudio, *en busca de solución*, hay que remontarse en el pasado cuanto sea necesario. El pasado es, por tanto, un medio y no un fin en sí mismo. Un medio para resolver problemas *políticos*, entendiendo por éstos no sólo los referidos a las estructuras e instituciones organizadoras del poder públi-

co estatal o internacional, sino a cuanto afecta a la convivencia humana en general.

El pensador que más me ha ayudado a destacar el objeto intrínsecamente político de la HTP es Walter Benjamin con su famosa afirmación de que “las estructuras históricas son etapas en el proceso de reconstrucción del paisaje primordial de la verdad o, si no, son fragmentos desprovistos de sentido, cuya acumulación no dibuja más que un campo de ruinas”. Para el malogrado autor de unas *Tesis de filosofía de la historia* escasamente compartidas por la opinión científica imperante, escribir la historia no es recuperar el pasado; es crearlo a partir de nuestro presente e interpretar las huellas que ha dejado, transformándolas en signos, de forma que podamos “leer la realidad como un texto” en el que los elementos del pasado acceden a un grado de actualidad más elevado que en el tiempo en el que existieron. Ahora bien, eso, según Benjamin, “descifrar el pasado a través de nuestro presente es hacer de él una lectura política”. Y esa lectura, aplicada a una determinada “constelación” epocal, la desplaza un paso hacia el futuro. “La profecía no predice el futuro. Se contenta con indicar cuál es la hora que acaba de sonar”.

Esta referencia a Benjamin me permite enlazar su pensamiento sobre el papel del historiador como hermeneuta político con la, para mí, insoslayable referencia a Dilthey y su *autognosis*. Frente al positivismo empirista de la escuela histórica, hay que resituar la historia, decía el pensador alemán, entre las ciencias del espíritu. La tarea de la filosofía es atender a la conexión universal de la marcha del espíritu humano y no buscar únicamente las causas eficientes de los hechos (naturalismo), sino también los motivos (conscientes o inconscientes) y los fines, es decir, el deber ser o el ideal mediante la experiencia total de la conciencia, la autognosis que la conecta, sin metafísicas abstractas, con el conocimiento. El saber histórico, entonces, sería un saber vital empírico, una elaboración personal de los acontecimientos en la conciencia individual o colectiva y constituye, por tanto, una ciencia del *comprender* basada en la hermenéutica o interpretación y que cuenta hoy en día con poderosas ayudas en los métodos genealógicos, arqueológicos y destructores tal como han sido practicados por Nietzsche, Foucault o Derrida. Pero esa elaboración personal de los acontecimientos en la conciencia, esa actitud consciente del historiador, son inseparables de su *responsabilidad respecto al pasado*.

Para Walter Benjamin, el historiador consciente de su oficio, según la autognosis diltheyana, se siente responsable del pasado en cuanto no lo capta para conmemorarlo, sino para *reanimarlo*, para darle nueva vida y tratar de realizar hoy lo que no se realizó ayer. Es la misma senda seguida por Ernest Bloch con su esperanza en lo que *todavía no es* o por María Zambrano cuando, en aparente oposición a Benjamin pero confirmando su imagen negativa de la historia como ruina con otra positiva, nos dice que “Algo alcanza la categoría de ruina cuando su derrumbe material sirve de soporte a un sentido que se extiende triunfador, no ya de lo que fue, sino *de lo que no alcanzó a ser*”. Benjamin cree que hay que rescatar y hacer justicia a los vencidos de la historia realizando hoy, en nosotros, lo que no llegó a ser, es decir, su victoria ¿Por qué los vencidos y no los vencedores? Porque hasta ahora han sido los vencedores los que han escrito la historia, tanto en el tiempo como en los libros y, hoy, desfigurada por ellos, nos la dan a conocer los periodistas a sueldo, diría Pierre Vilar.

Frente a la idea marxista y conservadora del “fin de la historia” o del “progreso”, basada en una visión cuantitativa y acumulativa del tiempo histórico, Benjamin nos ofrece la utopía, que surge en el corazón mismo del presente, de una esperanza vivida en el día de hoy. Esperanza mesiánica, pero no como utopía destinada a realizarse con el fin de los tiempos, sino como la capacidad para detectar aquello que, en cada instante, deja entrever la “*energía revolucionaria de lo nuevo*”. El historiador, como actor también de la historia, no tendrá esa capacidad si no está inspirado por una preocupación que va más allá del conocimiento puro y desinteresado: la de su responsabilidad respecto al pasado y... al futuro. El engarce que unifica, pues, en el presente del historiador los momentos anterior y posterior del tiempo cronológico es su conciencia responsable, es decir, su *lectura política*. Y no hay otra política, decía Unamuno, que la de “salvar en la historia a los individuos”. Una historia que, para su discípulo José Bergamín, es “re-mordimiento de culpa y de conciencia” y una política que ya Aristóteles definiera de forma paradigmática: “La *Polis* no es una mera comunidad de lugar establecida para evitar daños recíprocos y favorecer los intercambios, cosa que si existe la *Polis* se logra, sino una comunidad de vida buena para alcanzar una vida suficiente y plena. *La comunidad política tiene como finalidad la convivencia, pero también las buenas acciones*”.

IV

Sustentado por cuanto precede, me atrevo finalmente a mostrar desde mi perspectiva el punto de máxima coincidencia entre la politología y la historia del tiempo presente. Ambas son ciencias sociales, empíricas, hermenéuticas y críticas que utilizan, junto a la explicación, la comprensión, orientada por un interés emancipador y de plenitud humana y dirigida a construir una comunidad política que fomente y preserve dicha plenitud. Pero sólo decir esto peca de obviedad. Habrá que precisar más una concepción de la historia que permita ver donde y como se perfila la coincidencia postulada.

Cabe describir la historia como el cruce de dos ejes:

- a) el sincrónico estructural cultural del imaginario colectivo y personal, que es circular y cerrado y que en nuestro “aquí y ahora” ha merecido epítetos críticos como “jaula de hierro” (Max Weber) y “malestar de la cultura” (Sigmund Freud); y
- b) el diacrónico imaginable utópico-ucrónico, que es lineal y abierto a la totalidad plenaria de la condición humana y al que han dedicado reflexiones esperanzadas, entre otros muchos, Ernest Bloch, Walter Benjamin, Emmanuel Mounier y Teilhard de Chardin.

Esta descripción, que rebaja el valor de una cronología causal para privilegiar el de *relación de sentido*, concibe la historia como *epos* o relato, interpretable por el historiador, en su consistencia sincrónica y en su dirección o destino diacrónico, desde una ética de la responsabilidad que reconozca en el proceso histórico el *panton ton polemon* heraclitiano, es decir, la pugna entre los factores que impulsan o frenan, que hacen avanzar o retroceder, la construcción efectiva de una verdadera comunidad *política* o de vida buena plenaria de los seres humanos, según la definición aristotélica.

La transformación cognitiva que supone la autognosis diltheyana es de común aplicación a politólogos e historiadores como es común el ejercicio de una responsabilidad carismática, en el sentido weberiano, tras haber logrado una real y eficaz *autonomía científica* en ambos campos del saber. Esta coincidencia de talante es tan grande y las exigencias citadas tan compartidas que yo no sabría distinguir entre un profundo estudio de ciencia de

la política y un penetrante trabajo de historia del tiempo presente, sean cuales sean las técnicas, diferentes o comunes, empleadas en ambos.

Movido por esta convicción he sido capaz de vencer mi timidez y de solicitar la publicación de esta reflexión tan modesta en una revista pionera y

emblemática de la HTP española. El cordial acogimiento recibido me confirma una vez más que algo muy fundamental me vincula a la épica de la historia y a sus esforzados relatores, auténticos zahoríes del tiempo presente.